

hasta China, el realismo crítico, polémico y desesperado tiende hacia la elaboración de utopías y reivindicaciones solitarias.

El factor imaginario que tornaba descorazonadora y moralista, terrorífica y parabólica la literatura gótica pasa a designar, junto a otras modalidades narrativas, a propósito de formas conceptuadas con la repudiable expresión de «subgéneros» (donde se agrupan con un criterio tan homogéneo como insostenible la novelística de viajes, la novela negra, los relatos lúdicos, las fantasías pornógrafas o científicas, además de las invenciones míticas...), una apertura hacia otras realidades y meditaciones, hacia otras alturas estéticas, políticas, morales, e incluso sociales.

De este largo desplazamiento sobre las decepciones de una época donde brotaron las mayores ilusiones que el ser humano elucubrar pudiera, uno de los rasgos esenciales que marca una variación sustancial del rumbo de la literatura se cifra en su anhelo mítico. Esta orientación repudia con firmeza los determinismos angustiosos del pasado, en cuanto que se hace precisa una realidad superadora para la salvación de los individuos y personajes que se sienten forzados a poblar un universo cerrado, construido sobre pilares fangosos aunque, al parecer inamovibles.

Desde el ensueño hasta la obsesión histórica

Elaborar un diagnóstico es, de alguna manera, establecer un horóscopo fisiológico.

Blaise Cendrars

Este nuevo período que tiene la ensoñación como denominador común vuelve a dejar en la cuneta los temas centrales de esa literatura innovadora que se aferra a la existencia y a la autonomía de acción y creación del ser humano, con una rabia apasionada, e incluso ciega en algunas ocasiones. El individuo, víctima de laberintos almenados, de fortalezas herméticas, de la atmósfera extranjerista y apestada en una época de ruinas, o de las mezquinas ambiciones de políticas y políticos sin escrúpulos, queda fulminado en la sombra por efecto del ansia multitudinaria de símbolos.

La necesidad será satisfecha a través de muy variadas modalidades de escritura, predominando la que se decanta por el aprendizaje que se apoya en noticias de naturaleza histórica, donde el empeño «desmitificador» —que produce mitos pasteurizados, cuando no resucita momias macilentas— y la exaltación de valores que conforman un mensaje moralizante, rutinario y puritano tienen abonado el terreno. Muy raras veces este acontecimiento, convertido en fenómeno por el sensacionalismo, pasa de ser una reproducción interesada de los hechos acaecidos en la realidad pretérita, a la que se suman de modo artificial recursos encaminados a despertar un fácil, dramático sentimentalismo, apenas soportable por su amaneramiento barroco y su sedante superficialidad. De ahí la trascendencia de los casos que rompen esa férrea ley de pompa de jabón y fuego de artificio, en tantas oportunidades socorro de autores poco dotados para dar curso a su imaginación sobre el papel.

Entre los nombres que bucearon en la Historia para adoptar en sus revelaciones una postura crítica original destaca Gregorio Marañón por motivos que, en algunos aspec-

tos, coinciden con las intenciones de los creadores literarios. Obrando en calidad de analista de períodos y biografías históricos tan controvertidos como el Siglo de Oro español, creó una variante del retratismo narrativo y psicológico, aleccionado por las preocupaciones morales de la Generación del Noventa y Ocho, por las fabulaciones y deducciones de Galdós, y respaldado, desde el campo científico, por una experiencia humana que se nutría de su profesión médica, la enseñanza, y el trato diario y directo con los dolientes. En ese vasto acervo se puede discriminar, sin lugar a dudas, algo semejante al instinto del genio, que dilata el alcance de su laboriosa y plena dedicación a remedir o atenuar, en un sentido concreto, el sufrimiento de los seres humanos concretos.

Si atendemos testimonios tan autorizados como los de Pedro Laín Entralgo, Alfredo Juderías, Dionisio Ridruejo, José Ortega y Gasset, o Marino Gómez Santos, entre otros, innumerables, y si los tomamos en consideración por lo que tienen de convivencia con un ser humano entregado a las múltiples facetas de su labor profesional, apreciaremos en primer plano el culto, entendido como una acción liberada de espectacularidad, a un oficio que impone la aplicación absoluta. De ella surgen la reflexión política y el estudio histórico como variantes que aciertan a justificar una actitud que sorprende por la flexibilidad con que fue ejecutada, tanto como por su dialogante coherencia.

Pero he aquí que si la vocación reflexiva se manifiesta en primer lugar con un eco político que cubre el abismo que separa la parcela de la individualidad de lo colectivo, Marañón no pierde de vista en ningún momento de su biografía el imperativo esencial de lo concreto, que al igual que en el ejercicio del Derecho, define su oficio y su origen. No es arriesgado por ello conceptuarlo como un sacerdocio profano, en cuanto que Marañón lo realizó y lo celebró como tal. Pero ya en el supuesto jurídico como al evaluar la coyuntura de un enfermo debe destacarse un propósito, la rectificación de un equilibrio alterado. En cada supuesto ha de plantearse una respuesta distinta, una solución diferente, una regeneración que no por el largo conocimiento del hombre, deja de entrañar riesgo, y tan a menudo réplicas insatisfactorias, ambiguas, cuando no absurdas.

El origen de la inquietud política de Gregorio Marañón puede localizarse en el viaje que efectúa a la aldea de Las Hurdes en 1922, cuando acompaña al entonces monarca Alfonso XIII. Con esa experiencia el joven Marañón adquiere la certeza de ampliar su labor hacia otros campos. No sólo se trata de un problema de conciencia, sino de una exigencia humana de efectividad, y de una necesidad visceral e íntima. El panorama depauperado de Las Hurdes, filmado por Buñuel, no testimonia un capricho surrealista, por terribles, alucinantes y lunares que resulten las imágenes en una pantalla, y tampoco provoca, en la prolongada secuencia de una enfermedad que de un modo u otro implica por entero a un país, nada similar a la indiferencia. Ni Buñuel ni Marañón improvisaron la miseria, la pobreza o el abandono en su memoria de aquel rincón remoto, con independencia de sus divergencias de criterio y de las distintas épocas en que visitaron aquellos parajes.

Ciñéndonos a la actitud de Marañón, no parece que en su conducta posterior inter venga de un modo decisivo la intensa circulación de sus colegas por las cámaras y camarillas de la política. Y casi lo mismo podría diagnosticarse con relación a sus trabajos literarios, en los que la escritura adquiere un papel de primera categoría. Por el contra-

rio, lo sintomático de Las Hurdes —lugar perdido de la geografía española donde fuera confinado el doctor Albiñana, eminente investigador histórico y jupiterino caudillo de un incipiente «fascismo español», cuya actividad política consistía en reventar los mítines de organizaciones de izquierda—, sobre todo en la obra de Marañón, puede expresarse con el auxilio de la acepción spinozista de la *pietas* latina, esto es: como revulsivo de la conciencia que estimula a la realización de un deber, e incluso como el deber mismo de plantear un recurso a una situación anómala. Abundando en ello, es conveniente subrayar que el paso del doctor Marañón de una tarea científica en exclusiva a una reflexión donde predominan los ecos sociales y políticos, reafirma su condición profesional de galeno interesado por la realidad del hombre.

Al examinar este trayecto sembrado de inquietudes y materias humanistas, completando el estricto ideal empírico del científico que cumple sus funciones en la clínica y en la cátedra, captamos un largo período de tensión. Saltamos de una concepción clásica, susceptible de recibir el apelativo de «fría» para contemplar una aproximación vehemente y casi utópica, desdichada y melancólica, que pretende preservar la dignidad del individuo, en especial del individuo más desamparado, el que ha aprendido a convivir con la muerte y vegeta resignado sin apercibirse de tan monstruosa vecindad, consustancial a su desdicha. Queda de manifiesto que esa evolución presenta en un primer plano una disconformidad profunda con la realidad. Se salva así la conciencia crítica de un ser humano que comprende las insuficiencias de la clausura religiosa del universo científico. Y puede apreciarse, en particular frente a situaciones extremas, la evidencia de una inevitable definición previa del intelectual respecto a la historia, en cuanto adopta una actitud disconforme relacionada con su tiempo.

La vida de Marañón, como las de Unamuno, Antonio Machado, Ortega, Baroja, Valle-Inclán, y las de otros autores y artistas que intuyen en su ser el paso insoslayable del compromiso —de lo que más tarde sería explicado como *compromiso*, hay que especificar—, refleja con una fidelidad meticulosa los múltiples itinerarios que pueden plantearse en una polémica de estas características. Y precisa una síntesis entre una actividad práctica, material, y la necesidad, no menos material, de renovar el pensamiento, a fin de fundamentar nuevos empeños humanos, sobre su valor intelectual.

Con Marañón resulta claro que ambas esferas —la acción y la abulia inmóvil, la teoría y la práctica, la idealización y la ejecución real— deben complementarse entre sí. Una labor de cuidado físico, biológico y psicológico, que varía con cada ser humano, la medicina, señala una referencia universal vinculada a los graves problemas que aquejan la convivencia de las comunidades. La medida sigue siendo, conforme a la premisa humanista, el individuo. Pero sólo el conocimiento profundo de los conflictos sociales, de las raíces de las conductas humanas, sobre pilares biológicos, posibilita para Marañón, ese equilibrio entre lo personal y lo general, entre una labor científica y sus análisis literarios. Con su obra, Marañón unifica —a la manera en que Wilhelm Dilthey propugna una ciencia de la historia como espacio común para las humanidades, e índice discriminador de las tareas y objetivos de las ciencias puras— diversas disciplinas que no pueden desligarse de los comportamientos colectivos.

¿Por qué entonces la reflexión crítica sobre el significado de la historia en las preocupaciones de la historia de este siglo? Por varios motivos, que poseen un valor singular